

Editorial

Jaime Alvar Ezquerro / Director

LAS RELIQUIAS DEL PASADO SON UN INSTRUMENTO RECURRENTE en el desarrollo de los conflictos, porque son iconos sobre los que se construyen las señas de identidad.

Las reliquias del pasado son asimismo hitos sobre los que cada comunidad construye el relato histórico. La historia construida se convierte en un argumento recurrente al afrontar la resolución de los conflictos. En efecto, el “argumento histórico” es un recurso retórico mediante el cual se pretende defender una posición determinada ante un conflicto. En ese sentido, el “argumento histórico” suele ser reaccionario, pues pretende neutralizar un cambio apelando a la tradición, a la costumbre, a la historia construida.

Además de reaccionario es inocuo, pues al estar basado en la historia construida difícilmente ofrecer una solución satisfactoria para todas las partes del conflicto.

Por otra parte, la reconstrucción del pasado es una forma de apropiación del mismo. Es cierto que para elaborar un relato de la Historia es preciso tener la propiedad de la palabra, lo que conlleva una hegemonía político-cultural. Esto es lo que se vulgariza en la máxima de que la Historia la escriben los vencedores. Ellos son quienes al reconstruirlo se apropian del pasado.

Desde la apropiación del pasado se puede dar el salto hacia reivindicaciones más sutiles, como cuando se defiende que quienes han construido el relato del pasado tienen tanto derecho a custodiar las reliquias como los actuales habitantes del suelo del que proceden tales reliquias.

La legitimación de la apropiación de la reconstrucción de la Historia y de sus reliquias es un ejercicio intelectual al que con frecuencia no tienen acceso los vencidos. Sin embargo, la apropiación cultural del patrimonio arqueológico ajeno puede generar reacciones violentas, como la destrucción a conciencia del patrimonio histórico. Este fenómeno tiene raíces complejas, pero desde la óptica aquí asumida, es preciso comprender que los agentes de la destrucción operan desde una construcción diferente del pasado. En esa construcción, por motivos ideológicos, religiosos, culturales, los iconos que destruyen son ajenos a sus propias señas de identidad; es decir, no se sienten identificados con ese patrimonio que, ahora, se presenta como propiedad del enemigo y, en consecuencia, como objetivo militar.

La operación destinada a la desmemorización se conoce desde la práctica romana como *damnatio memoriae*. La *damnatio*, condena, puede ser más o menos violenta. Puede ir desde la destrucción total de la reliquia, a su destrucción parcial, como el picado de los nombres en las inscripciones o de los retratos en las representaciones escultóricas. Hay otras formas de desmemorización como son las prácticas “mágicas” que se conforman con creer que lo que no se nombra no existe. El problema es que, cuando los destinatarios del mensaje no quedan desmemorizados, el emisor queda en patético ridículo. Dos ejemplos adecuados serían la nueva denominación de la mezquita de Córdoba o la persistente negativa del presidente del gobierno a mencionar por su nombre a quien fue tesorero de su partido político.

Sin duda, son más dañinas las destrucciones del patrimonio histórico arqueológico en los territorios dominados por el Estado Islámico. He escrito en otro lugar que el escándalo coreado desde los medios de comunicación occidentales no hace más que validar la acción, pues el objetivo buscado es hacer daño al enemigo, sea asesinando rehenes, sea despreciando su capital simbólico.

No voy a defender el silencio, pero me gustaría conocer en la misma intensidad la calidad de la información. Todo lo demás es manipulación sentimental. Ignoro si el objetivo de esta otra parte es crear ambiente favorable para una posible intervención militar.

El problema, del que las destrucciones no es más que un epifenómeno, es muy complejo y de ya larga trayectoria. No podemos pretender que haya una solución fácil e inmediata. Si hay alguna, ha de estar basada en un diagnóstico riguroso y unas acciones políticas de larga duración que, muy probablemente, son contrarias a los intereses de algunos de los responsables inmediatos del problema creado. Es difícil ser optimista. El análisis histórico puede ayudarnos a comprender, pero no necesariamente tiene por qué proporcionar soluciones.